El Centro Gumilla, la Congregación General 34 y el momento de Venezuela

El Centro Gumilla nace en medio del proceso de renovación de la Iglesia y de la Compañía de Jesús impulsado por el Concilio Vaticano II. Abrirse a "los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren" [Gaudium et Spes, 1] fue la guía en nuestro esfuerzo por incorporarnos a la realidad del pueblo venezolano, entender el proceso histórico-político del país y contribuir al surgimiento y fortalecimiento de la sociedad civil.

Queriendo ser fieles a nuestra identidad como jesuitas, hemos buscado integrar el servicio de la fe y la promoción de la justicia en nuestra vida personal y en la dinámica de nuestro trabajo. Este proceso nos ha llevado a situarnos en la perspectiva de los pobres, y desde ella intentar la comprensión del proceso social venezolano.

RENOVAR LA ESPERANZA

La Congregación General 34 reafirma esos compromisos de los jesuitas con la Iglesia y con la gente cuando Venezuela vive uno de los momentos más críticos de su historia. El mundo entero sufre profundas transformaciones; América Latina se encuentra en la encrucijada de un cambio de ciclo histórico. Ambas situaciones adquieren en Venezuela características especiales: el ciclo histórico que se termina está profundamente vinculado a los sueños de la mayor parte de los venezolanos. Participar en los cambios que se producen a nivel mundial exige enormes esfuerzos personales y colectivos. De allí que los venezolanos vivamos este momento con la sensación de frustración de sueños no realizados y cuya realización se percibe ya como imposible. Son para nosotros tiempos signados por la desesperanza.

Fundados en la experiencia empezada a vivir con la renovación del Concilio Vaticano II y confirmados por la Congregación General, renovamos nuestra confianza en la gente de Venezuela. El empobrecimiento colectivo que ha caracterizado esta etapa de nuestra historia, afectando especialmente a los más pobres, rebajando la poca calidad de su vida anterior y reduciendo sus ilusiones, está siendo también la ocasión de activar las potencialidades dormidas de personas y grupos.

Al no poder seguir recurriendo al Estado, ni a los líderes portadores de fantasías ni a los mesías dispuestos a resolverlo todo, empezamos a voltearnos hacia nosotros mismos y a recobrar la confianza en las propias capacidades y en las de otras personas como nosotros. Empiezan a extenderse las experiencias de responsabilizarse directamente de manejar problemas pequeños, medianos y grandes mediante la organización de la propia gente y la participación en la búsqueda de salidas para todos.

Porque vivimos este proceso como signo de esperanza, el Centro Gumilla reafirma como una de sus líneas de trabajo en este momento del país la renovación de la esperanza del pueblo venezolano. Una esperanza fundada en la verdad sobre el proceso que vivimos y la realidad de las personas que integramos este pueblo. Tenemos que cambiar mucho, llegar al fondo de arraigadas actitudes culturales, reconocer los límites y defectos, al mismo tiempo que valoramos los pasos dados y recuperamos la confianza en las posibilidades reales de ser protagonistas de nuestra propia historia.

CONSTITUIR LA SOCIEDAD CIVIL

Ha comenzado ya en Venezuela a constituirse una red de organizaciones de muy diverso género, que significa poner las bases de una sociedad civil que pueda constituirse en el sujeto político de la Venezuela futura. Este proceso, extendido por todo el país, es un signo de un modo alternativo de encarar el futuro. No busca repetir el pasado, ni prolongarlo hasta su agotamiento. El sistema político de partidos, basado en una economía rentista, organizado alrededor de un Estado receptor y distribuidor exclusivo de los recursos, dio lo que podía dar de sí y ha mostrado sus limitaciones. Esa experiencia nos sirve de mucho si logramos superarla. Se convierte en lastre si nos empeñamos en mantenernos dentro de sus límites.

El surgimiento de una sociedad civil compleja y fuerte, como se necesita para que sea el sujeto de la Venezuela futura, es necesariamente lento. Es un proceso también progresivo. Su completo desarrollo requiere de bastante tiempo, pero es posible aprovechar sus frutos durante el proceso mismo.

Parte de la desesperanza y frustración en la que vive una buena parte de los venezolanos de hoy tiene que ver con la repetida frustración en la solución de los problemas grandes y chiquitos que nos aquejan. Existe la sensación de que ni

siquiera aquellos que son sencillos y para los que existen recursos se logran solucionar. Incorporarse en este proceso de creación de la sociedad civil, comenzar a participar en las organizaciones que van surgiendo o en las iniciativas para crearlas, cambia completamente ese horizonte de frustración. Quienes se deciden a participar en ese proceso adquieren una experiencia diversa, que al mismo tiempo les demuestra la posibilidad de resolver los problemas y la complejidad de hacerlo. Se descorre para ellos el misterio que parecía estar reservado para los políticos, los gerentes, los funcionarios del Estado. Saben por propia experiencia la magnitud del problema, los recursos que es necesario conseguir y los procesos que hay que poner en marcha. Se inicia de esa manera el cambio personal y grupal de la frustración, que se alimenta a sí misma día a día, a la esperanza que alienta a alzar la mirada hacia e mediano y largo plazo, mientras se dan los primeros pasos inmediatos para hacerlo posible.

EMPEZAR POR EL PRINCIPIO

Constituir una sociedad civil, sujeto del proceso, es una tarea compleja y que se debe comenzar por el principio. Los procesos históricos no se paran, ni se pueden decretar principios o finales. Empezar por el principio significa ir a las raíces de los procesos. Constituir la sociedad civil no es simplemente llenar los vacíos del actual sistema, sino poner las bases de otro. El nivel más profundo de la crisis que vivimos, se ha repetido muchas veces, es el deterioro de los consensos básicos de la vida social y sus fundamentos culturales. Este es el principio por el que debemos comenzar.

Para ello un paso indispensable es diseñar la sociedad que queremos construir. No podemos limitarnos a soñarla; es preciso diseñarla en sus detalles. Un diseño que no puede ni debe salir de una sola persona o un solo grupo. Puede y debe ser un diseño colectivo, realizado en diálogo en el que, al comunicarnos, las posiciones iniciales de los diversos actores puedan cambiar porque se reconoce que la idea de otros es mejor o más conveniente que la propia. El modo como se diseña la sociedad futura es tan importante como el diseño mismo. Si se sueña en una sociedad democrática, por ejemplo, el modo de diseñarla tiene que ser democrático. De lo contrario, contaremos con un hermoso diseño imposible de realizar en la práctica porque no tiene sujeto. El diseño del futuro es el primer gran ejercicio de negociación social de la sociedad civil.

Ese diseño, además, no es un ejercicio abstracto sino práctico. Las organizaciones de la sociedad civil nacen y viven porque se ocupan de asuntos concretos. No son organizaciones para soñar sino para hacer. El diseño de la Venezuela que queremos se realiza al mismo tiempo que se cumplen los objetivos cotidianos de cada organización. Esos objetivos, además, forman parte del diseño mismo. Lo que se propone hacer para toda la sociedad se funda en que se está haciendo, aunque sea en una forma incipiente y de pequeña escala.

Teniendo en el horizonte la sociedad que queremos, es posible vislumbrar con mayor claridad los pasos necesarios para alcanzarla. De esta manera las actividades cotidianas de las organizaciones civiles se orientan en esa dirección y se acelera el proceso de cambio. Entre las organizaciones que van surgiendo en las diversas etapas del proceso son indispensables aquellas que se dediquen específicamente a la formación de proyectos y personas para el gobierno del Estado. Ese es el papel fundamental de los partidos políticos. En este momento prevalece en la conciencia de los venezolanos una imagen nefasta de los partidos políticos, y la mayoría no quiere ni siquiera oír hablar de ellos. Esa es una de las frustraciones que debemos superar con mayor urgencia. Si no se perfilan proyectos políticos, no hay ciudadanos que se preparan para realizarlos desde el gobierno y buscan el apoyo mayoritario para hacerlo, cerramos las puertas a una sociedad civil en el pleno sentido de la palabra, es decir, capaz de orientar su vida hacia la consecución del Bien Común, con mayúsculas, situado más allá de los intereses particulares.

De todo esto se desprende que un fortalecimiento del Estado como instrumento de la sociedad civil es una de las facetas a tomar en cuenta en la renovación del proceso venezolano. Un Estado competente sólo es posible si ciudadanos competentes se hacen cargo de él. En todo este proceso es necesario que miles de venezolanos quieran hacerse cargo del Estado como la manera de realizar la propia vocación ciudadana.

El Centro Gumilla se siente comprometido con este proceso. Queremos dar nuestro aporte a la renovación de la esperanza del pueblo venezolano, a la formación de las personas en la responsabilidad ciudadana, apoyar las organizaciones de la sociedad civil, especialmente aquellas que nacen en el seno de los barrios urbanos. Queremos también contribuir a que la educación, en su más amplia acepción, sea uno de los instrumentos más eficaces de las profundas transformaciones que requerimos como pueblo.

Así queremos vivir nuestro compromiso con la justicia que brota de la fe y proponer la fe que lleva al compromiso con la justicia. ■